

Margarita con Aroma a Clavo y Canela

Por Monica Reyna Saavedra

Corría el verano de 1904 en Lima durante el gobierno del Presidente Manuel Candamo e Iriarte cuando Margarita Ruiz Arteaga, más conocida como “la abuelita Margarita”, nació en la tres veces coronada villa, a menos de un siglo de haberse constituido la aún joven República del Perú.

Hija de Don Germán Ruiz y Doña Marcela Arteaga, fue una de esas damas de antaño que disfrutaba de una buena jarana de rompe y raja, de esas donde la música inundaba el ambiente de criollismo, donde se comía y se bebía como rey, y se bailaba hasta despuntar el alba.

De risa resonante y gran sentido del humor, sus ojos titilaban cuando contaba sus chistes e historias una y otra vez soltando sonoras carcajadas y saboreando en su memoria lúcida sus recuerdos, mientras revivía los momentos de felicidad al lado del “abuelito Ernesto”. Este mozuelo veinteañero cuyo nombre de pila era Juan Alberto Iraola Sánchez, herrero de profesión, pintón, de apariencia europea propia de su apellido vasco, de cuello ancho y manos fuertes, le robó el corazón con notitas de amor que dejaba escondidas en un cerco cuando ella contaba con escasos 15 años, y la hizo su esposa al cumplir ella los 16, regalándole los momentos más sublimes que habitaron en su corazón hasta el fin de sus días.

Su humilde casita entre balcones coloniales y faroles que alumbraban la angosta calle de una vía en el barrio de Tipuani, fue el nido de amor de la abuelita Margarita, por quien su galán había entregado una dote en Libras Peruanas de Oro al abuelo Germán como una manera simbólica de transferir la posesión de su hija al flamante novio, dándoles su bendición y accediendo a dar en matrimonio la mano de su hija.

Entre paredes celestes de adobe y quincha y piso color tierra, los abuelitos disfrutaron de sus hijos y sus nietos, y entre esas mismas paredes los bisnietos al lado de toda la familia celebrábamos cada 1ro de Diciembre el cumpleaños del abuelito aun cuando ya no estaba entre nosotros, así como cada aniversario de su fallecimiento mientras la abuelita tuvo fuerzas.

Religiosamente año tras año asistíamos a la misa que se celebraba en la iglesia de Los Huérfanos en el distrito de Cercado de Lima. Acto seguido, la abuelita repartía los capillos con la foto del abuelito y una oración por su eterno descanso. Esa era la parte formal de esta tradición familiar. Pero a la abuelita Margarita le gustaba tirar la casa por la ventana cuando se trataba de celebrar las fechas importantes, más aún si se trataba de conmemorar la vida de su amado esposo. Junto a su primogénita, la abuelita Juanita, se encargaban de los preparativos que ya eran también parte de la tradición. Cuando digo “preparativos”, es en toda la extensión de la palabra. Incluía la crianza del pavo en el corral que tenía la abuelita Juanita en la azotea de su casa de la avenida Brasil. Lo engordaban a punto de maíz hasta que pesara entre 8 y 10 kg. Llegado el día, el enorme pavo de plumaje blanco y cogote rojo era emborrachado con una copa de ron que forzaban por su pico: “Para que le dé buen gusto” – decían. El pobre pavo era sacrificado y desplumado y ... ¡talán! Quedaba listo para aderezarlo y hornearlo con la mejor de las recetas. Servían el pavo acompañado

de arroz arvejado, camotes sancochados, yuca, y su infaltable sarza de cebolla. Los comensales degustaban no solo de este delicioso platillo sino de toda una selección de los más ricos potajes que eran ¡para chuparse los dedos! La típica Sangrecita Criolla, el perfectamente sazonado Escabeche de Pollo, la sabrosa Carapulcra con papa seca y maní ligeramente tostados con su pizca de clavo y canela... Y los dulces... ¡Uf! Éstos eran la especialidad de la abuelita Margarita y consentían al más exigente paladar, desde el Arroz Zambito, la emblemática Mazamorra Morada, hasta los Picarones con su respectiva miel de chancaca, hojas de higo y especias...

Los aromas vienen a la memoria y la nostalgia invade... Y rescato el cuadro plasmado en mi mente del familión completo disfrutando del agasajo y la buena comida, pero sobre todo disfrutándonos unos a otros como una gran familia.

A las fiestas llegaba toda la descendencia Iraola que se había multiplicado. Ahora estaban los Reyna Iraola, los Guerrero Iraola, los Ferreyra Iraola y los Iraola Saco. Cada uno de los retoños del abuelito Ernesto y la abuelita Margarita con sus respectivos hijos, y nietos.

La acogedora casita de Tipuani 421 no conocía extraños, y recibía a todos con las puertas abiertas no solo durante las grandes fiestas, sino cualquier día y a cualquier hora. Literalmente con las puertas abiertas. La abuelita operaba su pequeño negocio de venta de artículos variados desde la sala de su casa, y la puerta siempre estaba abierta pero con una reja de madera que la separaba de la calle desde donde los clientes compraban los adornos en cerámica tornasolada, productos cosméticos y fragancias, tapetes de encaje de silicona, muñecas de trapo, ropones tejidos a crochet, y mucho más. Los vecinos habitantes de los solares próximos y de los altos no tenían más que gritar desde afuera: “¡Señora Margarita!” y eran atendidos con prontitud y con la más grande sonrisa que dejaba ver sus encías sin dientes, adornada con la mirada dulce de sus ojos, que tenían el brillo de la sabiduría ganada con el paso del tiempo.

Dónde se encuentren, el abuelito Ernesto y la abuelita Margarita deben sentirse muy complacidos de ver que a más de medio siglo y un cuarto de siglo respectivamente de haber partido a la eternidad, no han sido olvidados y siguen latentes en los corazones de quienes aún seguimos aquí, aun cuando muchos de los bisnietos solo conocimos al abuelito a través de las memorias de la mujer que le fue fiel hasta su último suspiro.

Aunque ellos no vivieron para verlo, sus hijas Juanita, Teresa y Antonieta pasaron las noventa vueltas al sol. De aparente fragilidad por ser ecuánimes y con una santa paciencia, eran sin embargo fuertes de espíritu, unos robles, siempre de pie, dignas mujeres y ejemplo a seguir. El último de los hermanos, el octogenario tío Juan, es ahora el mayor de los Iraola, quien con el paso de los años no ha dejado de honrar la memoria de sus padres y aún les lleva flores porque a pesar de ser bisabuelo, sigue siendo hijo y el alma no conoce de edad ni tiempo.

La mujer de figura pequeña, de piel trigueña y cabello rizado con nombre de flor, sigue viva en nosotros. Valiente, emprendedora, bromista, alegre, y pilar de una gran familia que la recuerda y celebra. Su fuerza, su esencia, y el aroma a clavo y canela no nos abandonan. El buen sabor de las sonrisas compartidas acarician el alma y el corazón se aferra... y ella vive ahí, para siempre.